

Grupo La Troppa:

Manifiesto de Jaime Lorca



No están los tiempos para manifiestos. Es cosa de ponerse a mirar, o desde una esquina ver, mano en cadera, cómo pasa Chile, para luego, y producto del mazazo, caer en cuenta: es inútil.

¿Podría mi grito alzarse por sobre el rugido monótono de la ciudad? Imposible. Absurdo.

Aunque así ocurriera, por una especie de milagro de la libre expresión, ¿qué harían entonces los transeúntes allí reunidos?

¿Escuchar atentos acerca de la importancia del arte en el desarrollo espiritual de la sociedad, o sólo asistirían divertidos a una representación más del loco del barrio, del profeta fundamentalista del arte?



Jaime Lorca en **Jesús Betz**, adaptación del libro ilustrado de Fred Bernard y François Roca. Cía. La Troppa. 2003.



Laura Pizarro, Juan Carlos Zagal y Jaime Lorca en **Gemelos**. Cía. La Troppa. 1999.



Fotografía: Jaime Vilaseca

Max Corvalán, Jaime Lorca y Laura Pizarro en **El rap del Quijote**. Adaptación de **El Quijote de la Mancha** de Miguel de Cervantes y dirección de Juan Carlos Zagal. Cía. La Troppa, TEUC, 1989.



Laura Pizarro, Juan Carlos Zagal y Jaime Lorca en **Gemelos**. Cía. La Troppa. 1999.



Laura Pizarro en **Jesús Betz**. Cía. La Troppa. 2003.

Creo que conozco, a pesar mío, la respuesta.

Hemos visto caer los muros y el estruendo que provocó el gigante al derrumbarse botó también los ideales de la ingenua y buena juventud, el sueño colectivo de los mismos, secó la lágrima y, finalmente, eso que, soñando, llamábamos identidad nacional, resultó ser sólo una máscara que al desaparecer dejó en claro que más que dientes teníamos colmillos, y por manos, garras afiladas. Y así estamos ahora. Agarrando lo que se pueda.

A manos llenas; es el saqueo total.

Al grito histérico de "Sálvese quien pueda", le siguió la sentencia: "El mundo es tuyo". Entonces fue que, convertidos en ladrones de peces muertos, adherimos a pie juntillas a la nueva pseudo-filosofía de vida; esa que basa toda su credibilidad en la certeza que el eslabón perdido entre el mono y el hombre es la hiena carroñera.

No están los tiempos para manifiestos. Y, por último, ¿para qué?, ¿para que se enteren los que ya están enterados?

Bueno, podría tal vez subir al Gran Campanario del Teatro y desde lo alto invitar a la gente. Un gran cartel en el pórtico diría: "Se sanan almas, se rehabilitan espíritus dormidos". Diría que hemos visto cómo el Teatro se convierte nuevamente en rito. Que hemos escuchado el silencio sagrado que se produce en la comunión del Teatro cuando cada espectador, suelto de riendas, recorre su propia historia, a partir de la representación. También añadiría, que vengan preparados, esto quiere decir, ligeros de equipaje, porque nuestro Teatro es suficiente; él alimenta.

En nuestro Teatro hombres y mujeres tienen alas y vuelan; nuestro Teatro libera.

El Teatro es un servicio de utilidad pública y nosotros, los que lo hacemos, servidores públicos. Aunque a veces más de alguno pierde el rumbo y, obnubilado por un espejismo o brillo engañoso cambie el "público" por el "privado". Pero felizmente son sólo pequeñas nubecillas descargadas que no alcanzan a tapar el sol que nos ilumina. Pero como no están los tiempos para manifiestos, menos están para gastar pólvora en esos gallinazos.



Juan Carlos Zagal en **Jesús Betz**.
Cía. La Troppa. 2003.

Los tiempos están para tomar el toro por las astas y no gastarlo en las palabras veleidosas e inestables.

El tiempo está para hacerse dueño del destino.

Lo mejor para el Teatro es construirlo, con trabajo duro, constante, solitario, solidario y sin concesiones.

Nunca fue fácil, ni lo será en el futuro, este oficio que profesamos y que, al final, y por paradoja, al que más ayuda es al que lo realiza.

Hacemos Teatro porque es nuestra misión.

Porque corresponde exactamente a nuestras vidas.

Hacemos Teatro porque hemos tenido la oportunidad, la suerte y la fuerza, y somos privilegiados por eso.

Yo manifiesto mis gracias.

Lampa 2001